

PRECIO:  
5 Centavos

PORTE  
PAGO

Valores y giro a M. Torrente

Reda. y Administración: Perú 1557

Unión Telefónica: 0478 B. Orden

# El problema campesino

No se ha planteado aún una solución teórica del problema campesino. Meo- nos, pues, puede ser resuelto, sobre el escenario de los acontecimientos revolucionarios, ese problema de importancia vital para el triunfo de las ciudades revolucionarias.

Fijos bien en esta especie de premisa por nosotros varias veces planteada: en la ciudad se gestan las revoluciones, pero la revolución social solo será posible en los campos. De ahí que sean los campesinos los que remuevan, en última instancia, por la fuerza de sus instintos, de sus hábitos, de su rutina, el fracaso de todas las esperanzas depositadas por el proletariado industrial en la potencia de sus máquinas y en la perfección de sus organizaciones ciudadanas.

El problema campesino, pues, no está subordinado a las contingencias del desarrollo capitalista, al menos para los que deseen vencer una solución revolucionaria a los problemas económicos presentes. Está, sí, la campaña, por el poder de las finanzas, por la absorción centralizadora de las sedes burguesas, sujeta al monopolio comercial de la ciudad. Pero el Estado no logra imponer un control absoluto a las actividades de los campesinos, no los coacciona en la medida deseada por la burguesía ciudadana, por que el trabajador agrícola no comprende la complicada máquina estatal y mira con justificado recelo a los funcionarios que le representan a un gobierno extraño a sus costumbres y a sus intereses.

Hasta ahora, para los teóricos del socialismo, el problema campesino consistió en llevar a los campos los adelantos industriales y proletarios de la ciudad. El proceso de desintegración del feudalismo, que tiene su síntesis en la pequeña burguesía rural, debe ser detenido, según los discípulos de Marx, para operar en cambio la industrialización agrícola, que es poco menos que imposible en países donde la tierra está parcelada y pertenece a infinidad de propietarios que la trabajan siguiendo procedimientos rutinarios. De ahí que el régimen feudal sobreviva a las revoluciones y a los cambios políticos, representado ahora por la agricultura industrializada, por las haciendas dependientes de poderosas factorías, por el monopolio comercial en vasta escala que elimina al productor como contenido en la valorización de sus productos y en la competencia de precios.

El pequeño agricultor es, psicológicamente, un burgués. Dueño de la tierra que cultiva, se independiza en cierto modo del yugo del salario. Pero de hecho depende de los intermediarios que lo proveen de artículos manufacturados, de herramientas, etc. Es, en consecuencia, un dependiente económico de la economía capitalista. ¿Qué equivalencia existe entre el trabajo del campesino, o mejor dicho, entre la producción campesina y la retribución de esfuerzos que recibe de la ciudad parásita? He ahí esbozado el verdadero problema.

Los países esencialmente agrícolas, como Rusia, Argentina, Australia, etc., carecen de una clase campesina. La masa de esclavos de la tierra no conlleva la existencia de la lucha de clases, aunque sufre las consecuencias de la explotación. Poseen un proletariado industrial, refugiado en sus pocas ciudades, que solo tiene vida gracias al exceso de burocracia y parasitismo. Los productos del campo representan, principalmente en este país, todas las riquezas capitalistas. Si se paraliza la producción de trigo, maíz, lino, etc., y una plaga diezma los ganados vacunos y laneros, quiebran todas las grandes empresas explotadoras del campo y las compañías industriales subsidiarias de la campaña. Pero esa dependencia de la ciudad al ruralismo no impide a la burguesía dirigir desde la sede política y financiera toda la economía de la república. El agricultor depende del terrateniente, del comerciante, del intermediario. El valor de los productos de la tierra está subordinado a la especulación comercial, por lo que la abundancia de las cosechas es en ciertos casos un factor de pobreza para el siervo.

El fenómeno es demasiado complejo para darle una solución dentro del marco económico del capitalismo. Nosotros nos limitamos a enunciarlo, no tanto para demostrar una cosa sabida como es la miseria de nuestros campesinos, como para evidenciar el propósito de que los anarquistas se preocupen más del problema que plantea a la revolución el extrañamiento de los campesinos del verdadero movimiento libertario. Es necesario, pues, perfilar en la campaña nuestra propaganda ideológica, rompiendo con el tradicionalismo sindicalista que no ve otras soluciones que las que ofrece la ciudad en su reducido perímetro. La falta de un nexo moral entre el proletariado ciudadano y los esclavos de la tierra, impide al anarquismo conquistar para la revolución a los verdaderos productores. Y en el mismo caso están los partidos de izquierda empeñados en copar el poder político para solucionar de arriba abajo los factores de miseria y esclavitud de terminados por el sistema social que desean conservar.

Corresponde a los anarquistas buscar en los campos las fuentes del comunismo. Las tendencias autoritarias subterráneas al proceso de centralización e industrialización capitalistas, no conciben otra posibilidad revolucionaria que la que se deriva del crecimiento capitalista. Quiere decir, que el marxismo busca la industrialización de la agricultura, pretendiendo la ineficiencia del ruralismo como factor de producción, con lo que se busca detener el proceso disgregador de los grandes feudos, la división de los ejidos en pequeñas propiedades, que representa la tendencia natural de los campesinos a tomar en propiedad la tierra que cultivan. Los centros urbanos operan una limitada división del latifundio, precisamente por que se transforman en dependencias de la ciudad y reunen en su seno a la burguesía y a la burocracia ciudadanas. Pero la campaña sigue dependiendo de los grandes terratenientes, que velan el suelo con el esfuerzo de los colonos y los chacareros, y todo proyecto de industrialización agrícola tenderá necesariamente a limitar la independencia económica de las poblaciones rurales y no solo de los braceros sino también de los mismos arrendatarios.

Quiere decir, pues, que el mal no está en que se independicen los agricultores y que en los feudos agrícolas y ganaderos se forme una pequeña burguesía rural, sino precisamente en que la industrialización de los agricultores detenga el proceso de disgregación de los ejidos y proletariado a nuestra incipiente clase aldeana. Debemos, pues, favorecer el crecimiento de la burguesía rural como un recurso para operar en la escala económica la independencia de la campaña de la dirección absoluta de la ciudad? En cierto modo, sí, pero sin confundir los intereses del propietario con los del peón, esto es, sin hacer el problema en ese reparto parcial de la tierra, toda vez que al margen de la lucha contra el terrateniente se desarrolla la lucha del asalariado campesino contra sus directos explotadores: los chacareros, colonos y estancieros.

El proletariado rural no puede, en las condiciones económicas y políticas presentes, libertarse del yugo capitalista. Si se transforma en pequeño propietario, sufre la explotación del intermediario, del comerciante y del agente fiscal. Y esa transformación no es posible en los feudos industrializados, donde la mano de obra del campesino está sujeta a las mismas condiciones de la competencia de brazos y de las crisis pecuniarias de la ciudad.

Corresponde a los anarquistas despertar en los campesinos el deseo de mejorar su situación política y económica e interesarlos por los problemas que ventila el proletariado de las ciudades.

Con estas breves consideraciones no hemos hecho otra cosa que esbozar un problema que no fue ni en teoría formulado por los anarquistas. Y corresponde, pues, a todos los compañeros estudiosos, preocuparse por buscar una solución práctica a tan compleja como delicada cuestión.

# RECURSOS DE LA DICTADURA

La oposición "aventurista" no dió en Italia los resultados que esperaba los políticos que crearon el bloque antifascista después del asesinato del diputado Matteotti. El gobierno fascista, si no prescindió del parlamento por razones puramente tácticas, fue de cambio obró libremente con su mayoría parlamentaria y dar apariencia legal a las sanciones ejecutivas del múltiples ministro y dux, Mussolini. ¿Qué importancia, pues, podía tener esa especie de bolchevismo declarado a las cámaras por los partidos fieles al formalismo democrático?

Desde el Aventino, los partidos opositores no lograron prestigiar al gobierno fascista. Y como la acción legal no concuerda con los hábitos legalistas de los jefes demócratas, liberales, socialistas, republicanos y populares, de nuevo se plantea el problema de llevar al parlamento la oposición mediante la alianza circunstancial de todos los sectores antifascistas.

A la fracción maximalista del socialismo italiano corresponde la iniciativa de romper el bloque "aventurista". Despartido de hace poco reanuda su libertad de acción y a tomar a las tareas parlamentarias para defender los intereses del proletariado. Los republicanos harán otro tanto y el resto de los políticos escarmentados en el Aventino de elegirán bajar a la arena del circo romano para entablar la lucha cruzada contra el gobierno de Mussolini.

Para hacer frente a esa ofensiva parlamentaria, el dictador prepara una ley que coaccione al parlamento sobre la actividad en caso de que la mayoría fascista desaparezca. Los diarios que responden a Mussolini anuncian que los jefes demócratas se presentarán un proyecto en el que se establecen mayores poderes para el presidente del consejo de ministros y una restricción a los derechos del parlamento para sus votaciones de confianza, hasta el punto que el poder parlamentario quedará virtualmente anulado. Como consecuencia de esta ley, el jefe del gabinete quedaría enteramente independiente de las vicisitudes parlamentarias y sería sólo responsable ante el rey, excepto en casos excepcionales.

Con ese recurso legal la dictadura se libera de los opositores, obligados a renunciar de nuevo al Aventino. Pero los socialistas aceptarán las condiciones que tal de que se les permita tener sus representantes en el parlamento y concurrir con candidatos propios a las disputas electorales. El fascismo hace de las cámaras el trampolín de la dictadura, mientras que para el socialismo reformista todos los problemas están subordinados a la estéril labor parlamentaria.

# LA RENUNCIA DE D'ARAGONA

Informa un telegrama de Roma que los diarios de aquella capital dan como segura la renuncia del trapalón Loderio D'Aragona, secretario de la Confederación General del Trabajo. ¿Cómo puede ser posible la renuncia del conde dirigente del más poderoso movimiento italiano? ¿Qué razones de orden personal o personal, obligaron a dimitir al hombre que hasta por causa propia el agrario confesional?

El correspondiente que de esta noticia, agrega que la renuncia de D'Aragona tiene una importancia tendiendo en cuenta que se produce en el preciso momento en que se discute el problema planteado por las corporaciones fascistas de monopolizar las relaciones entre industriales y trabajadores, o sea, indicar a los primeros a no tener ninguna conexión con agrupaciones obreras que no sean las reconocidas por las corporaciones fascistas. Como se anunció en los despachos anteriores, este proyecto de los fascistas entraña residencia en las masas obreras y también entre los industriales.

Puede, pues, responder esa renuncia al deseo, por parte de D'Aragona, de no ponerse en contradicción con el gobierno fascista y de no asumir la responsabilidad de una lucha activa contra los proyectos exclusivos de los jefes de las corporaciones fascistas que obedecen a las directivas del fascismo. El correspondiente que hace poco el secretario confederal propició la acción parlamentaria de la C. G. T. y un acercamiento al gobierno socialista. La prensa socialista llevó a cabo la que contra D'Aragona, que fue defendido por los órganos de Mussolini. Y bien puede ser que ese reciente entredicho le causó la renuncia del futuro colaborador de la dictadura fascista.

# CUESTION DE DETALLES

Los detalles menos importantes son los que en estos momentos adquieren el volumen de las cosas grandes. Siguiendo por los hechos y hasta nos resulta ridículo tomarlos en consideración, pero al menos requiriese se proyecta conflictos que amenazan la esencia de los principios que nos son comunes a todos los anarquistas.

Una cuestión de detalles en la que no he pensado es comendatoria. Hace unos meses, después de varias intervenciones internas que tendieron al comentario público, se reunió en una asamblea de delegados abierta a todos las direcciones y a todos los interpretados, el estadístico que realizó el ex congreso

de la F. O. Local Bonaerense con sus torpezas y con sus transgresiones a nuestras normas de conducta. Repudiada su gestión por la mayoría de los grupos adheridos, rechazada en forma decisiva la actitud asumida por ese congreso mal aconsejado en el pleito que promovieron a la F. O. R. A. y a la PROTESTA, la consecuencia inmediata fue el nombramiento de un nuevo consejo local.

El rechazo de procedimientos que contrariaban no sólo las fórmulas que rigen nuestra organización, sino que también el sentir de la mayoría de los anarquistas militantes en el movimiento proletario, determinó la obligada renuncia del ex consejo de la F. O. Local Bonaerense. Esa renuncia nadie la discute, puesto que estaba en el proceso de los hechos provocados por los consejeros renunciantes. Pero los que tienen interés en prolongar el entredicho, porque fueron parte en la incidencia ventilada, fuesen de apoyo para sostener al ex consejo local ideológicamente desnaturalizado, la verdadera esencia del proceso finalizado. Para ello, a falta de otros argumentos válidos, explotan este detalle: que el actual consejo de la Local Bonaerense fue nombrado con carácter provisorio.

Debemos dar una pequeña lección federalista a quienes juegan al federalismo con las palas. En una asamblea normal de delegados, convocada de oficio para tratar la renuncia de un consejo local, los mandantes — en este caso los grupos — van de hecho con el mandato de elegir a los nuevos consejeros. Un consejo local es siempre directo, esto es, tiene la representación directa de los militantes que componen la federación local. Cada grupo es un miembro efectivo del cuerpo de relaciones, y sólo en caso de que sean más los grupos que los cargos estatales, todos acepten la representación se recurre a un sorteo. En el régimen interno de la F. O. R. A. nunca se da ese caso, puesto que los consejos están casi siempre incompletos y es necesario recurrir a los compañeros de afinidad.

La provisoriedad de un delegado está sujeta a sus decisiones o a lo que se le atribuya. Si para el consejo local son elegidos panderos, carpinteros, albañiles, plateros, etc., hasta completar los nueve miembros efectivos, se entiende que el

cargo lo aceptan con carácter definitivo. Provisorio puede ser el congreso que circunscribamente representa a su sindicato y aceptar en ese carácter su participación. Pero su renuncia no pasa a otros asambleas de delegados, sino a la asamblea de su sindicato, que elige al reemplazante.

Es, pues, absurdo sostener la provisoriedad de un consejo local elegido por delegados directos. Ese criterio se aplica a los consejos provinciales y federal, eligiendo directamente y siempre que se improvisen en un momento de emergencia y sin mandato de los grupos que integran una federación provincial o la F. O. R. A. Y la misma situación de un consejo sin representación que se normaliza mediante el mandato otorgado por una federación o por un sindicato adherido?

Antifederalistas y perturbadores de las normas colectivas, son los que pretenden desconocer al actual consejo de la F. O. Local Bonaerense y se erigen por sí y ante sí en cuerpo de relaciones. Porque aun en el caso de que se pretenda sostener la aberración de que un consejo elegido directamente debe ser provisorio, la provisoriedad no sólo tiene un término fijado, sino que no quita a ese consejo las atribuciones que le corresponden. En consecuencia, por sus consejos provinciales, sostenidos por sus grupos, que representan al conjunto de nuestra organización y a quienes corresponde decidir sobre las incidencias de orden interno.

El consejo actual de la F. O. Local Bonaerense está representado por delegados directos de los grupos. Los que quedamos ajenos por voluntad propia y no tienen derecho a desconocer resoluciones tomadas por mayoría y en pública asamblea. Corresponde, pues, a los situacionistas que en el consejo local deciden sobre la provisoriedad de los compañeros que los representan, conservando ellos el carácter de mandantes y no una supuesta autoridad ajena a sí mismos.

Para hablar de normas federalistas es necesario conocer el federalismo. Y los que sostienen que un consejo local debe ser provisorio, cuando lo eligen directamente los grupos de la localidad, o no saben lo que dicen o sostienen a sabiendas una aberración.

# Génesis de las dictaduras

## EL CASO DE CHILE

Es curioso observar como el vértigo de las dictaduras que caracterizó a este período de la historia, tiene un origen común. En este caso precisamente, las espaldas del levantado, sino con el concurso del proletariado, claro y terminante del proletariado.

A este respecto Rusia no fue parca en su debilidad. Lo que allí impuso un accidente de la vida política, torpemente aplicado por los bolcheviques y consentido por las masas desorientadas y sin ninguna noticia de sus destinos, fue más tarde artificialmente elaborado por los demagogos de la democracia burguesa sobre el mismo espíritu de las plebes, rebeldes frente a ella y llenos de apatías. Una tiranía infame, con el concurso del proletariado y sobre el proletariado, con sólo agitar un postulado reaccionario que había de disiparse entre la densa atmósfera de las ilusiones, tan grata al alma popular, debía servir a modo de ensayo para ilustrar a las demás, tambaleantes después de la guerra, sobre la virtud de la nueva estrategia destinada a conservar la amena revolución social. Las multitudes se agitaron al impulso de necesidades agudas e insuperables, y dicho sea también de paso, un tanto envanecidas de orgullo, por los halagos que la burguesía les había dispensado durante el período de sangre en que les eran necesarias para servir de carne de cañón.

Y sin puntos de mira bastante claros, ni orientadores que aceptaran la responsabilidad de aquel momento crítico, los primeros que se pusieron frente a ella la llevaron a donde mejor les plugo. Mussolini no obró de otra manera. Se limitó a recoger la bandera de la revolución que los socialistas hicieron arrojar a los trabajadores subterráneos y dueños de las fábricas, y los anarquistas se habían rebuzado a tomar en sus manos para seguir agitando hasta llevar la insurrección a los límites extremos, y con ella en alto condujo las masas hacia el Capitolio sin permitirle su verdadero objetivo, porque éste quedaba sujeto al algar de los acontecimientos. La resistencia de la monarquía en acceder a las exigencias del fascismo podría dar lugar a una revolución antinacional: es sometimiento podría conservarse, consolidando su poder, como en realidad ha ocurrido. El gran polichinela había interpretado sagazmente aquel momento psicológico de la vida del país, y supo aprovecharlo con fruto. El único residuo en acabar las bajas pasiones de las turbas desencadenadas, dando lugar

a multitud de odios desbordados. Bien dirán los dictadores que determinaron la caída entre ellos del régimen capitalista, porque hasta ese momento era una pasión creadora, cuando se dio un deseo de justicia bien entendida, dando exterior y opuesto a las ambiciones de Mussolini, no tenía ningún interés en llevar al espíritu de las muchedumbres que lo seguían.

La prueba fue de esas que se admiten discusión. De Oriente había llegado el descubrimiento. Bastaba poseerlos de un lenguaje nuevo, truculento y audaz, para despertar el entusiasmo de las multitudes y hacerlas servir a los objetivos más diversos. El método tuvo repercusión en todo el mundo, y allí donde, como en México y Chile, no se trató en la victoria política de entes tan oscuros como Calles y Alessandri, logró que brillaran un día las mediocridades del comunismo fanfarrón, entreteniéndose con sus algunas bellas a atención del proletariado.

Pero el caso de Chile, porque sus fueros contemplaron de un cerro, nos permite corroborar categóricamente nuestro criterio. Avanzadas que el caudillaje en fracaso, Alessandri, salió del seno de un partido que ha impedido durante muchos años sobre la voluntad de las masas. Las primeras manifestaciones de las actividades de clase fueron tomadas por dicho partido, habiendo gestado todo el capital electoral en los medios orgánicos del proletariado, los políticos aliados de su seno para funciones gubernativas. Las inconformidades de Alessandri con el bolchevismo chileno han sido tan notorias, que nunca ha precedido de sus primeras figuras como elementos de colaboración política, dándole hasta intervención en la Constituyente que hubo de reformar la carta fundamental del país en forma de ampliar las facultades presidenciales que le permitieran gobernar libre de las trabas que opona el parlamento, dando así carácter legal a su dictadura. No hay necesidad de recordar que la Federación Obrera de Chile vino desmembrando el mismo rol de colaboración política, que el que fuera propio al primer núcleo obrero nacional, dependiente de la influencia del partido demócrata, no obstante su dependencia del partido comunista y que los I. W. W. apoyaban decididamente a Alessandri. Los militares que los habían puesto habían bien que contase con las simpatías obreras, y así en producido el cuartelazo, se dirigieron a las masas con el afán







